

Schamsul-Ilemal fijó la vista en el suelo, y se dejó besar una mano en pago de la generosidad del emir, que salió con el alma desgarrada, cabalgó en Samyel y se tornó á la ciudad.

Schamsul-Ilemal quedó pensativa, llorosa, esperando á Gaston.

Al fin se oyeron pasos en la galeria y el jóven entró en el retrete.

—¡Ah! ¡Gaston mio! dijo Schamsul-Ilemal arrojándose á su cuello, mañana va á asaltar Muza el real de los cristianos.

—Y bien, dijo Gaston, ¿y qué hay de malo en eso? mediremos nuestras espadas y acabaremos de una vez.

—¡Pero si murieras! observó llorando Schamsul-Ilemal.

—¡Morir! ¿puedo acaso morir, amándome tú, sol de mi vida?

Un pensamiento luminoso, rápido como el relámpago, pasó por la mente de la jóven.

—No, no morirás, dijo con entusiasmo, arrollarás á tus enemigos como la hoz del segador arrolla las mieses, porque yo te haré invencible,

Y se despojó del talisman y lo ciñó al cuello de Gaston.

—Acéptalo, amado mio, por mi amor, le dijo ella; y cuando hayas vencido, vuelve, luz de mis ojos, para que no nos separemos mas.

—¿Y por qué no seguirme ahora? la dijo Gaston.

—No, no, dijo ella, aun no se ha cumplido mi destino. Vete.

Gaston la miró con asombro.

—Sí, vete, insistió ella, mañana es un día de batalla, y la noche media. Gaston, es necesario que cabalgues al frente de tus arcabuceros. Vete.

Gaston se arrojó en los brazos de Schamsul-llemal, y acompañado de ella llegó al laurel, desató el caballo, despidióse de la jóven con un beso, cabalgó y partió en dirección al real.

Apenas se habia perdido el rumor de la carrera del caballo, y en el momento en que Schamsul-llemal entraba en el retrete, abrióse la puerta de la casa vecina y salió el astrólogo, cortó la sétima hoja de laurel, tornó á la puerta de la casa, hizo una seña y los almoravides salieron.

—Seguidme, les dijo.

Los almoravides, tras de las pisadas del astrólogo, rodearon la cerca del jardin y llegaron al postigo.

—Forzad esa puerta, les dijo.

Los soldados metieron los cueros de sus fuertes picas de roble bajo ella, y la desencajaron.

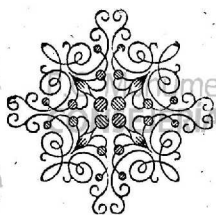
Al ruido los esclavos y los soldados de Muza, dormidos solo para Gaston por el poder de los hechizos, acudieron á la puerta y se trabó una lucha sangrienta; en tanto, el astrólogo subió presuroso la escalera, entró en el retrete de Schamsul-llemal, presentóse á ella, y se descubrió el semblante.

Schamsul-llemal, desamparada del talisman que la defendia antes de entregarle al capitan Gaston, dió un grito y se desmayó.

—¡Oh! ha llegado la hora, dijo el astrólogo, de vengarme de tí, del rey y del emir.

Y asió de la jóven, arrastróla consigo por las escaleras, bajó al jardin, y seguido de los almoravides

que habian desarmado á los esclavos y á los soldados de Muza, sacóla fuera, cabalgó con ella en su asno, tornóse á la torre de Bib-Ataubin, y se encerró con Schamsul-Ilemal en el mas alto de sus aposentos.



Comental de la Alhambra y Generalife
DE CULTURA

XV.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Al amanecer de aquel día Granada despertó al ruido de las armas y de los atabales; escuadrones cerrados de ginetes y peones, estaban en forma de batalla delante de las puertas que dan á la vega, y los muedes llamaban á los fieles, no como usualmente á la oracion, sino al combate.

Y eran de ver los vistosos colores de aquella multitud de banderas, los penachos de los caballos, las galas de walies y arrayaces, la autoridad de los xeques que ordenaban las haces y el lucido escuadron de almogawares que salieron en pos de Muza, á quien ro-

deaban sus walies por la puerta de Bib-al-Malek (1).

Su estandarte rojo, conducido por su alférez, flotaba orgulloso, manchado con la sangre de cien victorias, y sus walies Naim-Reduan y Mohamet-Ebn-Zaide auguraban un triunfo seguro en lo centelleante de su traje, y en lo galano de su apostura.

Cabalgaba el emir en Samyel, ricamente encubertado sobre sus arnés de batalla, con gualdrapas de escarlata; sus armas, su sobrevesta y su alquicel eran las unas doradas, las otras de brocado de oro sobre fondo verde; en su almete ondulaba al viento un airon amarillo en señal de venganza, sujeto con un joyel de esmeraldas y diamantes; en su broquel se leía en caracteres cúficos este mote: *Por ella y por mi esperanza*; y en su diestra, á pesar de que una idea siniestra le hacia enojosa la memoria de Gaston de Vargas, blandía la fuerte pica de batalla del jóven.

Nada revelaba en el semblante del emir la desesperacion de su alma; su espresion era como siempre serena, majestuosa, llena de la fuerza de voluntad que llevaba con confianza sus soldados al combate; se hallaba en todas partes, atendia á todo; todo lo prevenia, y sin embargo un infierno de celos y desesperacion torturaban su espíritu, y un presagio terrible le helaba de espanto.

Del cofrecillo de ágata habia desaparecido la última hoja del laurel de los Siete Siglos.

Dominóse á pesar de todo, y el ejército granadino empezó á desfilar en muestra delante del, sin que uno solo de sus soldados viese en su semblante otra

(1) Puerta del Rey, hoy puerta Real.

cosa que la serenidad de un caudillo para quien un combate era una fiesta de armas.

Y pasó ante él Reduan el valiente, ginete en un potro del Atlas, vestido á la africana, al frente de un escuadron de mil lanzas zenetes; luego el anciano Ebn-Comija mandando, á pesar de sus años, otro escuadron de mazas y gazules; el feroz Ali-Atar cubierta la armadura con una piel de leon cazado por él en los linderos del gran Zahara; Atmet-Ebn-Zerah, con un reducido número de leales abencerrajes fieles á su patria; y á Ali-Dordux, caballero de gran prez y alcurnia, llevando el estandarte de los masamudes y otros cien caballeros de fama al frente de las tribus.

Y fueron los que pasaron en muestra, en treinta banderas, diez mil caballos, sin contar los almogavares, alfaraces y almoravides que llevaba consigo el emir, é innumerable el número de peones y gente menuda que salieron contra el enemigo.

El dia avanzaba; Muza ordenó sus escuadrones, hizo tocar la zambra, atronaron el aire las trompetas y atabales, y se movió el campo en buen orden, al grito de:

—*¡Le galib ile Allah! (1).*

Por su parté los cristianos, avisados por Gaston, no habian reposado.

Su innumerable caballeria y su peonaje, cubrian la vega, que no parecia sino que estaba cortada por una línea de hombres.

Mandaba la caballeria Gonzalo Fernandez de Cór-

(1) *¡Solo Dios es vencedor!*

doba, el ala izquierda de la batalla el marqués de Cádiz y la derecha el conde de Cabra.

Don Iñigo Lopez de Mendoza, ginete en el caballo árabe que le donó Muza, ceñido el jaco y abrazado el broquel, atendía á todo llevando consigo á Gaston, fiero y radiante, sobre un poderoso caballo de batalla, cubiertas las armas con el hábito de Santiago y blandiendo la pica real que debía á la amistad de Muza. Y por do quiera que se dirigía la vista se encontraban valientes caballeros: por que asistian allí, Hernando del Pulgar el de las Hazañas y Garcilaso de la Vega, que aun tenia la espada roja con la sangre de Tarfe; y el alcaide de los Donceles de Córdoba, y el conde Ureña, con don Alonso de Aguilar y otros ciento, todos de los mas nobles solares.

Y se aproximaban lentamente uno á otro los dos ejércitos, y los muros de Santafé, asi como los de Granada, estaban cubiertos de muchedumbre de curiosos, de mujeres y de ancianos que con el alma suspensa esperaban la arremetida.

En tanto, en la torre de la alcazaba el rey Abou-Abdallah contemplaba los ejércitos enemigos avanzando en buen orden, con la misma indiferencia que si asistiese á un torneo.

Al fin los ginetes de entrambas partes agujaron sus caballos, espesos remolinos de polvo cubrieron la batalla, y al grito de *¡Santiago y cierra España!* por los cristianos, y al ronco clamor de guerra de los musulimes, al son de las trompetas y de los tambores, con las lanzas bajas y las adargas al pecho, cerraron los dos ejércitos, y la tierra tembló bajo los piés de los caballos, y el fragor del choque retumbó en los leja-

nos horizontes como si se hubiesen encontrado dos montañas de hierro.

Y al principio todo fué confusion, alaridos, torbellinos de polvo y humo; cayeron los mas débiles lanzados de los arzones, rompieron las picas los mas esforzados, cubrióse la tierra de adargas y armas rotas, y sobre todo esto escuchóse el seco estampido de las bombardas y las descargas de la arcabuceria.

Y luego los ginetes se arremolinaron y volvieron á tomar campo, y se embistieron de nuevo, y resonaban las espadas sobre los arneses en un martilleo redoblado, estridente, infinito.

Muza se revolvía como un leon furioso: donde tiraba un bote de lanza caía un enemigo: donde tornaba la vista, se posaba la muerte.

Y Reduan Venegas, rota la lanza, tenía en su alrededor mas cadáveres que astillas hace el hacha del leñador, y el feroz Ali-Atar era un rayo que llevaba por delante cuanto encontraba á su paso.

Y todos aquel dia fueron buenos caballeros, y no es de contar cuanto el conde de Cabra hendió de yelmos, ni cuantos enemigos tendió el duque del Infantado, y los otros valientes capitanes.

Pero Gaston de Vargas fué fatal al Islam; protegido por el talisman mágico de Schamsul-Ilemal, se lanzó como un huracan sobre los peones musulimes al frente de sus arcabuceros, y al primer choque, aterrados por la terrible pica del capitan que parecia herir por sí sola, envueltos por la infanteria cristiana, huyeron desvandados hácia la ciudad, sin que pudiese contenerlos el bravo Abd-el-Kerim, ni la vergüenza de la fuga, ni el ejemplo de los ginetes que

se median con un valor desesperado en el corazón de la batalla, sin perder un palmo de terreno.

Pero la fuga de los peones fué contagiosa: arrastraron tras sí á la caballería, dejaron las banderas, la artillería y las armas arrojadas por tierra á los cristianos, y Muza, como leon herido, sosteniéndose hasta el último trance, vióse obligado al fin á retirarse y entró bramando de coraje en Granada, jurando por Allah no tornar al campo con la infantería.

Día terrible y de maldición fué aquel para los musulimes, de ventura y contento para los cristianos.

Las armas del Islam fueron pisadas por sus caballos; sus escuadrones llevaron á lanzadas á los musulimes hasta encerrarlos en la ciudad, les tomaron sus torres de atalaya, y las espadas de Fernando de Córdoba, de Hernando del Pulgar, de Garcilaso, de los condes de Cabra y de Tendilla, y otros ilustres capitanes se tiñeron en sangre mora hasta las empuñaduras.

Un solo hombre, mirando el combate desde las torres de la Alhambra, se habia estremecido de alegría por la rota de Muza, en que iba envuelta la ruina de su patria.

Aquel hombre era el infante Sidy Alhamar; teñido el rostro de color cobrizo, desfigurado por una barba sobrepuesta, cubierta la cabeza por una toca amarilla y el cuerpo por un ropon negro.

Junto á él, Abdallah el Zogoibi temblaba de vergüenza y de indignación: el polvo que levantaban huyendo sus escuadrones le daba en la cara impregnado de sangre.

—Quiero saber mi horóscopo, dijo reparando en

el infante Sidy Alhamar y volviéndose á él en un movimiento desesperado.

—Lo sabrás, rey, dijo conteniendo su feroz alegría el infante, pero para eso es necesario que vayas solo y encubierto una hora despues de la oracion de almargreb, al aposento que me has otorgado en la torre de Bib-Ataubin.

Abou-Abdallah miró con estrañeza al infante, pero al fin dijo.

—¡Iré!

El infante se perdió por las revueltas escaleras de la torre, mientras el rey triste, con el corazon desgarrado, fijaba la vista en la vega donde quedaba tendida la flor de sus caballeros.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



XVI.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Granada sintió el golpe de aquella rota en medio del corazón, y calló con el silencio del terror que precede á la muerte.

Vió entrar desvandados, cubiertos de sangre y polvo aquellos valientes escuadrones, en quienes habia fijado una mirada llena de esperanzas al verles salir aquella alborada, con las banderás tendidas, los rostros alegres y cubiertos de galas como en los buenos dias de Granada.

Cerráronse las puertas temerosos del enemigo que habia llegado hasta ellas, hiriendo en las turbas y dejando tras sí un largo rastro de cadáveres.

Pareció que el sol, horrorizado de tanta sangre, apartaba su vista de la ciudad desventurada, y se velaba con un manto de turbios vapores; las nubes encapotaron el cielo, las calles quedan desiertas, y un silencio de muerte se apoderó de la ciudad vencida, que esperaba de un momento á otro ver forzados sus fuertes, ó escalados sus muros por el conquistador.

En los adarves, sombríos, silenciosos, apoyados en sus picas, atentos á los movimientos del enemigo, se tendian desesperados los restos del ejército granadino, mientras escuadrones enteros rondaban las calles, ó esperaban al pié de los caballos en las plazas y tras las puertas mas espuestas á la embestida de los cristianos.

El rey se habia encerrado en su alcázar, y en vano Jucef-Ebn-Egas, ilustre caballero y gran privado suyo, y su visir Ebn-Comija, anciano respetable en Granada, pretendieron llegar hasta él. La vergüenza encendia su rostro, el despecho y la rabia desgarraban su alma, y solo, sin tomar alimento, pasó la tarde, que por cierto habia sido nublada y lluviosa, como si el cielo hubiese tomado parte en el llanto de Granada, y vino la noche, oscura, triste, medrosa, deslizándose en largas y silvadoras ráfagas el gemido del viento precursor de la tempestad entre los torreones de la Alhambra.

El rey se vistió un traje oscuro, acomodado á la tristeza de su alma, se ciñó su mal aventurada espada, envolvióse en un albornoz africano, y abriendo un pequeño postigo del patio de los Leones, salió solo, recatándose como un malhechor, á través de una mi-

na al cerro de Al-Baul (1), bajó las pendientes cuestas que conducen al campo de Abulnest (2), deslizóse junto á las torres de Al-Qars-al-Nomsara (3), y perdido en la sombra de un estrecho callejón de la muralla, se dirigió al castillo de Bib-Ataubin, sin que un solo viviente lo hubiese encontrado en el camino.

La oscuridad era densísima; el silencio profundo; aunque turbado á veces por la voz de alerta de los atalayas; ni una luz brillaba en los cerrados agimenes; las calles estaban perdidas en una sombría penumbra.

Solamente á través de una saetera abierta en lo mas alto de la torre que guardaba la puerta de Bib-Ataubin, se percibía un resplandor opaco, indeciso, fatídico.

En el aposento mas alto de la torre á que aquella saetera correspondía, bajo sus pesadas y ennegrecidas bóvedas, velaba un hombre.

Era el astrólogo de la toca amarilla, el del semblante teñido de color cobrizo y desfigurado por una barba larga y blanquísima; era el infante Sidy Alhamar, que esperaba envuelto en el misterio de la traicion, el momento de saciar una venganza terrible, heredada por su madre, y alentada por la ambicion de su hermano.

Sentado sobre sus rodillas en una alfombra, teniendo ante sí un cuadrante, sobre el que estaba arrojado un compás de hierro, al reflejo de una lámpara co-

(1) Hoy de los Mártires.

(2) Conocido por Campo del Principe.

(3) Se le conoce por Cuarto Real en la huerta del convento de santo Domingo.

locada en un nicho de la pared, que apenas bastaba á romper las masas de sombras recortadas débilmente por su luz, Sidy Alhamar, sombrío, amenazador, escuchaba con una atencion impaciente, desde el punto en que la sombra venciendo al crepúsculo, se habia enseñoreado del espacio.

De tiempo en tiempo se levantaba, tomaba la lámpara y llegaba á un ángulo de la torre, donde sobre un divan, sumergida en un profundo letargo, estaba tendida una mujer.

Aquella mujer era Schamsul-llemal.

Su hermoso semblante estaba blanco y pálido como una azucena marchita; su desordenada y rasgada túnica, parecia rebelar que una lucha desesperada habia precedido al estado de sopor en que se hallaba, y á través de sus entre abiertos labios apenas se percibia su débil y penosa respiracion, sin la cual se la hubiera podido creer un cadáver; tal era su palidez y su inmovilidad.

Sidy Alhamar ponía la mano sobre su pecho, y luego aplicaba á su nariz un pomo de oro; Schamsul-llemal se estremecía imperceptiblemente, y tornaba á recaer en su letargo.

Después de esto, Sidy Alhamar ponía la lámpara en su nicho, acercábase á un agimez, le abría y escuchaba con atencion, procurando penetrar con sus miradas hasta el oscuro fondo del callejon, situado al pié de la torre, y desde el cual una escalera conducía á las almenas del adarve, elevado á la altura del aposento en que moraba.

Por aquella parte no habia atalayas ni escuchas; parecia que todo ayudaba á la traicion.

Una de estas veces oyóse lento ruido de pasos al pié de la torre, luego en la escalera de la muralla; percibiéronse despues mas cercanos en el adarve, y un golpe recatado sonó al fin en la puerta que por este lado daba entrada al aposento donde esperaba Sidy Alhamar.

Este se estremeció en un movimiento de feroz alegría, acercóse silenciosamente al divan donde dormia Schamsul-llemal, la cubrió con un alquicel, sacó de debajo del divan el cofrecillo de hierro que habia encontrado junto á la jóven en el alcázar de la Azubia, y la faja por la cual Muza habia descolgado á Schamsul-llemal la noche que la arrancó de su poder, y colocó ambos objetos en el centro de la alfombra junto al cuadrante.

Entre tanto el que llamaba á la puerta repitió por tres veces y sucesivamente con mas fuerza los golpes.

Sidy Alhamar abrió recatadamente el postigo, entró un hombre, y tornó á cerrarse su estrecha puerta con dobles cerrojos.

Detúvose el hombre que habia entrado : era el rey Abou-Abdallah el Zogoibi.

Sobre su semblante pálido estaba pintada una vaga espresion de terror ; sus labios temblaban, y sus ojos recelosos escudriñaban hasta los mas recónditos senos de la torre.

—¿Estamos solos? dijo asiendo con una mano crispada la hopalanda de Sidy Alhamar y mirándole con ojos estraviados.

—Si, señor, contestó el infante, tan solos que difícil sería se nos escuchase aun cuando hablásemos á grito herido.

—¿Tienes preparado mi horóscopo? dijo el rey tomando una alkatifa y sentándose fatigado.

—Si señor, le respondió Sidy Alhamar; durante siete dias he consultado sobre este cuadrante tu horóscopo, rey, y estos tres objetos son los que representan tu destino.

Y sacó de entre sus ropas un paño de seda que colocó entre la faja y el cofrecillo.

—¿Y qué significa esto? le preguntó Abou-Abdallah.

—Este cofrecillo y esta faja, rey, contestó el infante, son prendas de una mujer adúltera.

Sidy Alhamar posó su mirada en el semblante del rey, y le vió temblar y palidecer.

—Estas siete hojas de laurel, añadió el infante desdoblando el paño de seda donde estaban guardadas y mostrándolas á Abou-Abdallah; son otras tantas hojas de puñal: míralas bien, rey; cada una de ellas representa un agravio, y se pueden contar por su orden segun están de marchitas; esta, seca y agostada, es la primera; esta la última: está verde y lozana, pero destila sangre.

—¿Con quién crees hablar, esclavo? dijo el rey levantándose arrastrado por su carácter iracundo; ¿por quién es ese funesto amago de puñales y sangre?

—Por tí, rey; has venido á consultarme tu horóscopo y lo sabrás; no soy yo, es tu destino el que te habla; sino tienes valor, vete.

Y el infante miró sombríamente al rey cuyos labios temblaban de cólera.

—Sigue, dijo reprimiéndose.

—¡Oh! sí, seguiré; pero asienta, rey, porque lo que vas á oír es una historia larga y funesta.

Abou-Abdallah, se sentó maquinalmente, y fijó su recelosa mirada de leon en el infante.

—¿Me conoces? dijo éste.

—Sí, tú eres un sabio africano, contestó el rey, que un dia me demandaste una gracia por medio de mi madre la sultana Aixa; dijíste me que te importaba vivir oculto, y me ofreciste leer mi destino y el de mi pueblo en las estrellas si te concedia un castillo real por morada, y una guarda de almoravides; he aquí todo lo que sé de tí; has llegado hasta mí algunas veces, te he preguntado, y me has dicho, calla y espera. Nadie ha sabido tu existencia, he esperado, moras en el castillo, y te asiste la guarda, el rey ha cumplido por su parte, falta ahora que el astrólogo cumpla por la suya.

—Noches enteras y apenadoras, dijo Sidy Alhamar con mal disimulada amargura, he pasado á la luz de las estrellas; dias sombríos me han visto sobre este cuadrante, y al fin, rey, voy á mostrarte tu destino; escucha.

Sidy Alhamar calló un momento, y luego con voz lenta y acentuada, prosiguió:

—Hace veinte años, rey, que Martos, villa fronteriza entre Jaen y Granada, tenia por alcaide á un señor de Castilla llamado el comendador Sancho Jimenez de Solís.

El infante miró atentamente el semblante del rey, pero ninguna espresion nueva vino á alterarle.

Y este Sancho Jimenez de Solís, prosiguió el infante, tenia una hija hermosa y doncella en el castillo de Martos, llamada entre los cristianos Isabel y mas tarde Fátima Zoraya, sultana de Granada.

—¡Mientes! gritó el rey, lanzando una sombría mirada al infante, en Granada no ha habido mas sultana que Fátima Aixa, la madre del rey Mohamet-Abou-Abdallah.

Sidy Alhamar continuó impassible, cual si no hubiese escuchado la réplica del rey.

—Y esta doncella llegó á la edad del amor, y su padre concertó su casamiento con otro caballero cristiano, y se hicieron las vistas en el castillo con grande alegría de juegos y danzas; pero como todo es precedero y engañador en el mundo, hizo Allah que rotas las treguas que tenia ajustadas con los cristianos el rey Abou'l-Hassan, sus arrayaces cabalgasen las fronteras adelante, y una noche, cuando todo era contento en el castillo de Martos, le entraron á saco los musulimes; dieron muerte al comendador y á los suyos, y cautivaron á Isabel que fué conducida á Granada.

El rey escuchaba visiblemente contrariado al infante.

—La cautiva, continuó este, fué vista por el rey, y tal era su hermosura que Abou'l-Hassan sintió por ella un amor invencible, y la ofreció su lecho y su corona.

Pero el rey tenia por mujer á la sultana Aixa, nieta del rey Alhaizary (1), princesa de carácter violento, prima suya, que se habia unido á él sin amarle, y le habia dado un hijo, què eres tú, rey, tú Abdallah á quien llama el pueblo el *Zogoibi*.

(1) *El Izquierdo*.

Y el rey Abou'l-Hassan, escitado por su amor, repudió á Aixa, y se unió á la cautiva cristiana, y la llamó *Zoraya* por su gran hermosura.

Abou-Abdallah, herido en su madre, atajó en este punto el relato del infante.

—¡Por Allah, traidor, villano! le dijo; ¿quién te ha revelado mi historia? ¿quién eres tú que así me echas en cara las faltas de mi padre?

—Te habla por mí tu destino, rey, contestó sombriamente Sidy Alhamar, y necesario será que te armes de sufrimiento, porque aun te quedan cosas horribles que oír.

Era necesaria toda la supersticion de Abou-Abdallah para contener su enojo; resignóse al fin, y el infante siguió.

—Aixa supo con furor el casamiento del rey, y juró vengarse, hiriéndole primero en su honor, luego en su amor. Y en cuanto á lo primero no tardó en cumplir su juramento.

Moraba entonces en Granada un caballero castellano llamado don Diego Fernandez de Córdoba, grande amigo del rey Abou'l-Hassan, y en él puso su vista la sultana; ella era hermosa, él jóven y enamorado.

Retirada la sultana en su alcázar del Gallo de Viento, encerrado el rey en su harem de la Alhambra entre los brazos de Zoraya, tiempo hubo y ocasion bastante para que, manchando su mentido nombre de la Horra (*Honesta*), abriese los brazos al traidor castellano, arrojando una mancha de adulterio sobre la frente de su señor el rey Abou'l-Hassan.

Sidy Alhamar se habia atrevido á pronunciar estas palabras bajo la influencia de la terrible mirada

del rey, fija en sus ojos amenazadora, sombría, centelleante.

—¡Mientes! gritó furioso Abou-Abdallah lanzándose al infante.

—Aquí están las pruebas, contestó éste poniendo la mano sobre el cofrecillo de hierro.

El rey, contenido por su propio furor, le arrancó de las manos de Sidy Alhamar, contempló ávidamente los blasones grabados en su tapa, la arrojó contra el muro, y se lanzó sobre el retrato y los pergaminos que rodaron de él.

—¡Un cristiano! exclamó, ¡por Allah que esta horrible impostura ha de producir torrentes de sangre! ¡por Eblis! añadió devorando el contenido de los pergaminos; ¡palabras y juramentos de amor! ¡y esta es la escritura de la sultana! ¡de mi madre! ¡de la esposa del rey Abou'l-Hassan!

No había lugar á dudar; las pruebas del adulterio eran claras, precisas; Sidy Alhamar sonreía ferozmente, empezando á gustar su venganza; el rey se había dejado caer sobre la alkatifa, cubriéndose el rostro con las manos.

—¡Mas pruebas! dijo al fin encerrando en su alma toda la amargura que aquella revelación le había causado, en su amor de hijo y en su honor de rey; mas pruebas.

Sidy Alhamar devoró su feroz alegría, y añadió.

—De aquel torpe amor, perdido en las sombras del misterio, nació una hija; esa hija está aquí.

Y fué al nicho y tomó la lámpara, y luego llegó al divan, levantó el alquicel, y mostró al rey la joven aletargada.

Abou-Abdallah, tembló al reconocerla, la amaba como todos los que tenían la mala ventura de ver sus ojos, y olvidándose de todo, exclamó.

—¡ Muerta!!!

—No, rey, vive, contestó Sidy Alhamar; pero he preferido que el beleño cierre sus párpados, á que hubiera podido oír revelaciones que solo deben existir entre el destino y tú.

El rey se inclinó sobre la jóven, la tomó una mano, y exclamó conmovido :

—¡ Oh! ¡ señor Allah! ¡ era mi hermana!

—Sí, contéplala bien, rey, observó el infante. Es la misma frente de tu madre, su misma espresion, su semblante entero pero mas bello, por que es mas jóven, y por que es fruto de un amor inmenso, sin igual, ardiente como el sol africano.

El rey hizo un esfuerzo, se separó del divan donde dormía Schamsul-llemal, y dijo al infante.

—Acaba de una vez, hechicero, porque tus palabras son puñales, y quiero beber de un solo trago el tósi-go de mi destino.

—Esa niña creció cuatro años oculta en el misterio de los recónditos retretes del alcázar de Aixa; pero llegó un dia en que una esclava, sabedora del secreto y del sitio donde encerraba sus recuerdos de amor Aixa, cruelmente castigada por ella, encontró el medio de huir, corrió á la Alhambra y todo lo reveló á Zoraya.

Los celos, los insultos, el odio que mediaban entre la sultana repudiada y la esposa querida, hacian temer á Zoraya una traicion de parte de Aixa, y quiso tener rehenes seguras.

Una noche en que las tinieblas cubrían á Granada, y en que la tempestad volaba sobre ella, dos *monjes* (1) guiados por la esclava, conducidos por una puerta del alcázar guardada por gentes compradas con oro de Zoraya, entraron en el retrete donde dormía la niña, y la robaron.

Cuando Zoraya la tuvo en su poder, llamó su atención la riqueza de esta faja en que iba envuelta, dijo Sidy Alhamar desdoblando la que estaba sobre la alfombra, prenda riquísima de seda y oro, y la mostró al rey por uno de sus extremos.

—Mira; aquí están los blasones de don Diego Fernandez de Córdoba, esta faja, mandada fabricar por él en Damasco, es una prenda de amor; mira estos caracteres, también revelan amor, y aquí está el nombre de Aixa. ¿Quiéres mas pruebas?

El rey no contestó.

—Pues bien, esa niña creció envuelta en otro profundísimo misterio; guardada por Zoraya, era una prenda de venganza; pero fué descubierto su asilo por Muza, robada dél, y entregada á tu amor, amor incestuoso, impuro como tu existencia y como tu destino.

—¡Yo! ¡yo! gritó el rey levantándose y mirando asombrado al infante.

—Si; yo te he visto, rey, salir cada alborada de entre un bosque de laureles en la villa de la Azubia, y despedirte de ella con un beso, yo he cortado cada una de esas alboradas una hoja de laurel del sitio donde rozaba al separarse de tí la túnica de Scham-

(1) *Ladrones, malhechores.*

sul-llemal, y son siete ; cuéntalas ; siete dias de celos y de rabia que equivalen á siete siglos de penas.

—¡Mientes! exclamó el rey, yo no he tocado los labios de esa mujer, ni mi túnica ha pasado junto á la suya.

—No, dijo próximo á estallar en su venganza Sidy Alhamar, yo he visto tu alazan árabe, tu almaizar de escarla, tu bonete de brocado y tu lanza de ébano.

El rey se dió un golpe en la frente, como aquel ante quien se descorre el velo de un misterio.

—Mi alazan árabe, el que fué enviado como presente por Muza al real de los cristianos ; mi almaizar y mi bonete que yo entregué á un castellano amigo de Muza el dia del motin de la plaza Nueva. ¡Oh! ¡y ese hombre es amado por ella!

El rey se abismó en su pensamiento ; Sidy Alhamar tembló de indignacion.

—El castellano amigo de Muza, dijo, el capitán Gaston de Vargas, el causante del robo de Schamsul-llemal. ¡Oh! es imposible ; ¡mientes! ¡tú eres el miserable, el incestuoso, el traidor, y el destino te ha puesto en mis manos, y vas á morir, por que ese es tu horóscopo!

Y Sidy Alhamar se arrancó las barbas, la toca y la hopalanda, y apareció jóven, fuerte, enérgico ante el rey con el puñal en la mano.

—¡Por los Siete Durmientes! ¡traidor! exclamó el rey reconociendole y echando mano á su espada, que eres una serpiente astuta y miserable como tu madre. ¡A mí! gritó corriendo al agimez ; ¡á mí, al rey Abou-Abdallah!

—¡Sí, grita cuanto quieras, exclamó Sidy Alhamar, eso no impedirá que mueras á mis manos!

Y cerró con el rey, asiendo de una adarga que al acaso halló con otras armas hacinadas en un ángulo del aposento, defendiéndose de la espada de Abou-Abdallah, acosándole hasta el muro, porque era mas fuerte y mas ágil que él, y levantando el puñal con los ojos inyectados de sangre y la boca espumante como un lobo rabioso.

El rey tuvo miedo; acordose de su abuelo Ebn-Ismail asesinado á las puertas de su alcázar por los amores de una esclava; parecióle que los oscuros muros destilaban sangre, tembló transido de frio, y debilitado por uno de sus accesos insensatos, soltó la espada, y cayó de rodillas invocando á Allah junto al divan donde dormia Schamsul-Ilemal.

En aquel momento, cuando ya el ojo sangriento de Sidy Alhamar media un sitio en el pecho del rey para hundir en él su puñal, oyóse en el muro un ruido atronador, abrióse de golpe la puerta de Bib-Ataubin y un momento despues saltaron los cerrojos del postigo del aposento.

El infante, por un movimiento involuntario, volvió la faz hácia el postigo, y la sangre se heló en sus venas; creyó que el rey se habia duplicado: en el oscuro fondo del aposento se destacaban las formas de un hombre armado con un arnés moruno, y cubierta la cabeza con el capuz de un almaizar de escarlata: en sus manos lucia un alfanje desnudo y su talante era amenazador y sombrío.

Ademas de esto, se oian en la escalera del muro pasos de soldados ya muy cercanos.

Sidy Alhamar se creyó por un momento en poder de Eblis, su mano abandonó el puñal, y sus rodillas flaquearon.

El hombre del almaizar avanzaba entretanto hácia él con la espada desnuda.

De repente Sidy Alhamar se repuso; dióle fuerzas el terror, avalanzóse al agimez, dió un salto terrible, cayó en el adarve, deslizóse por las escaleras, y ganando la puerta del muro, se lanzó en la vega, á tiempo que el aposento se inundaba de almoravides á cuya cabeza venia el valiente Reduan Venegas.

El rey en tanto habia reconocido á Gaston de Vargas, por que era él el hombre del almaizar; habia recobrado su espada, y cuando entraron los almoravides pudo salir á su encuentro, sino sereno al menos con la dignidad de rey de que sabia revestirse ante sus vasallos.

—Castellano, dijo tendiendo su mano á Gaston, que habia desembarazado su frente del capuz, tu horóscopo te hace el salvador de tus enemigos; no ha mucho tiempo defendiste la vida del emir en la vega, ahora la del rey en Granada; ¡qué Dios te proteja!

Y luego tornándose al alcaide, exclamó: ¡Mi valiente Reduan! ¡pronto! ¡vuela! ¡que tus ginetes se estien dan por la vega y tus peones por la ciudad! ¡apresadme á ese traidor infiel que ha estado á punto de asesinarme!

—¡El astrólogo! ¡señor! exclamó Reduan.

—Sí, pero volad, contestó el rey con indescribible imperio.

El, Gaston y Schamsul-llemal quedaron solos en la torre.

—¿Quién te ha traído aquí? dijo el rey á Gaston.
—Ella, señor, y este talisman. Y mostró al rey el joyel de perlas.

—Pues bien, hela ahí, dijo el rey recogiendo el retrato, las cartas, la faja y el cofrecito; esto es mio, y pues la suerte os á unido, ella es tuya.

Y levantó el alquicel que ocultaba á la jóven.

—¡Muerta! exclamó Gaston, engañado por la inmovilidad y palidez de Schamsul-Ilemal.

—No, dijo el rey; aletargada solamente; llévatela; y si alguna vez conoces su origen, aprecia en lo que vale el don con que premia tu ayuda el rey de Granada; vete.

Gaston no contestó; asíó á la jóven, cuyo letargo no habiendo sido estimulado de nuevo por el pomo de Sidy Alhamar, empezaba á ceder, la tomó en sus brazos, salió al adarve, bajó las escaleras del muro, y cabalgó; luego, á pesar de los guardas, protegido por el talisman de Schamsul-Ilemal, salió como habia entrado arrojándolo todo ante su paso y se lanzó en la vega; mientras el rey, pensativo, fascinado, con el corazón transido de amargura, quedaba en aquel sombrío aposento, donde la traicion le habia encerrado y donde habia encontrado su salvacion por los amores de una hermana, hija de la vergüenza y del adulterio.

Salió de la torre mas triste y mas aterrado, y paso á paso se encaminó á su alcázar.

Cuando dos horas despues tornó con los suyos el alcaide Reduan Venegas encontró la torre abierta y desamparada.

Sus soldados llegaron también fatigados y cabizbajos: el astrólogo habia desaparecido.

XVII.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

Al día siguiente de estos sucesos, á la hora de alajá (1), en un retirado aposento del alcázar de Dar-la-Horra estaban un hombre y una mujer, solos, retirados de todo contacto y ocupados en una operacion terrible.

El aposento era reducido, triste, severo ; sus desnudos y rojizos muros , petrificados y abrigados por el tiempo, sólo tenían dos puertas de ancho dintel, con hojas chapeadas de hierro, y sus estrechos y altos respiraderos estaban abiertos bajo una bóveda

(1) *Ya entrada la noche.*

de ladrillo agramilado, de forma estrellada y sostenida por agallones.

Una lámpara colgada del muro parecía ser inútil, y palidecía envuelta su luz en el vivo resplandor de la llama de un hornillo, sobre el cual herbia en una vasija de barro un brebaje verdinegro, de olor punzante y nauseabundo.

El hombre, que se ocupaba en soplar de vez en cuando el hornillo con un cañón de arcabuz inútil y mohoso, era harto viejo; tal vez el estudio había profundizado más que la edad, la arrugas de su semblante pálido y demacrado, y la ciencia había dado á sus ojos hundidos una espresion fija y severa.

Este hombre vestía el traje de los médicos judíos, y parecía indiferente á todo, abstraído en la confeccion de la pócima que herbia en la vasija.

La mujer, envuelta en un manto de color oscuro, descubierta la cabeza, mal prendidas las largas y anchas trenzas de sus negros cabellos, paseaba lentamente á lo largo del aposento, de una manera circular, como la pantera encerrada en una jaula.

Esta mujer era la sultana Aixa.

Su severa frente estaba cubierta por una nube sombría, sus dientes mordían su labio inferior como al impulso de un recóndito y fijo pensamiento, y sus ojos brillaban con una espresion implacable, fijos frecuentemente en la vasija del hornillo.

Un humo denso y un ambiente cálido inundaban el aposento, en el cual no se percibía otro ruido que el de los pasos de la sultana, y el chisporrotear del carbon cada vez que el viejo soplabá el hornillo con el cañón del arcabuz.

Zoraya se volvió y se puso en pié.

De tiempo en tiempo, este hombre tomaba algunas hojas de yerbas de forma estraña y desconocida, y las arrojaba en la vasija, añadiendo á el brebaje algunas gotas de un licor sin color y trasparente como el agua, que guardaba en una ampolla de vidrio, materia entonces rarísima, de gran precio y relegada únicamente á los laboratorios de los sabios y de los alquimistas.

Y corria el tiempo, la sultana callaba, el viejo soplabla y la vasija herbía; pasaron una, dos, y tres horas.

—Sabio Jetzaam, dijo la sultana deteniéndose junto al hebreo, ¿tarda aun mucho el filtro?

—Poderosa señora, contestó el viejo, la naturaleza es inmutable en su paso, y no le apresura ni le detendrá sino impulsada ó contenida por la mano de Dios.

Pero ve aquí, sultana, que ha llegado el momento; mi licor se enrojece como el rubí, y se condensa como el ámbar, dijo el viejo, apartando la vasija del hornillo; esta cantidad, añadió, mirando su obra con un placer siniestro, bastaria para dar muerte á todo un pueblo si se arrojase en las corrientes de sus aguas.

Despues, con unas pinzas, de entre el negro escremento de la vasija, carbonizado por el fuego, sacó un pequeño glóbulo rojo y trasparente, y le arrojó en la ampolla de vidrio.

El liquido que esta contenia se enturbió con un color impuro, hirvió y produjo un vapor pesado; lentamente fué purificándose el agua, y quedó al fin clarísima, diáfana, sobre un sedimento azulado..

Jetzaan la trasladó á otra ampolla, y asi purificada, la entregó á Aixa.

—La ciencia ha operado para tí, sultana, que tu mano premie el afan de la ciencia.

—¿Y dices que este licor mata?

—Como la espada del ángel de la muerte; pronto, tarde, como quieras; una sola gota mezclada á un cántaro de agua, le dará tal virtud que otra gota de aquella agua vertida en un búcaro será bastante para que quien la beba muera dentro del término de dos lunas, de cinco, de nueve á lo mas.....

—¿Y me respondes....?

—Con mi cabeza, contestó el judio.

—¿Y podré yo beber tambien este filtro sin esponerme, mediante á la pócima que me has indicado.

—Si, poderosa señora, contestó el judio sacando un pomo de oro de su hopalanda, pero el licor que aqui se encierra es mucho mas precioso que ese otro, cuanto es preferible la vida á la muerte.

—¿Por quién me tienes, esclavo? dijo la sultana arrojando á los piés del judio un pesado bolson de cuero que produjo un sonido metálico y sonoro sobre el pavimento. Tóma y dáme.

El judio entregó el pomo á la sultana, recogió el bolson, abrióle y llenó su mano de monedas de oro.

—¡Doblas juzefinas! exclamó con una repugnante alegría espresion de la sordidez mas refinada.

—Véte, le dijo la sultana.

Jetzaam se inclinó, besó la orla de su túnica, y luego se encaminó á una de las puertas.

Un pensamiento de desconfianza cruzó por la mente de Aixa.

—Espera, hebreo, repuso.

Jetzaam se detuvo.

—Quiero saber si me puedo fiar de ti, bebe.

Y le presentó el pomo de oro y la ampolla de vidrio.

El judío sin vacilar tomó el primero, humedeció su boca con el licor que contenía, y luego tragó algunas gotas del que guardaba la ampolla de vidrio.

—Y bien, dijo la sultana recelosa aun, ¿quién me asegura que lo que hay en esa redoma es otra cosa que agua.

—Pide á Jehovah, contestó el judío, que te preserve de ella, cuando se halla estinguido el licor protector que encierra este pomo. Y bien: estoy dispuesto á mostrarte su poder, que traigan un ave ó un animal cuadrúpedo.

Aixa se dirigió á la puerta frontera á aquella á la que se había encaminado el alquimista, y llamó con la empuñadura de su puñal.

Poco despues una jóven negra, su esclava favorita, apareció en la puerta.

—Mi halcon de Africa, la dijo.

Un momento despues tornó la esclava con un hermoso pájaro de cetrería, que espeluznó alegre su plumaje al ver á la sultana y voló á su hombro.

La esclava se retiró á una seña de Aixa, que asió al halcon por las alas.

—Veamos, dijo.

Jetzaam se apoderó de la cabeza del ave, despojóla de la caperuza, abrió su corvo pico, y á pesar de su resistencia, la hizo tragar una sola gota del licor encerrado en la ampolla.

El halcon se estremeció, agitose en una convulsion terrible, lanzó dos agudos chillidos, dobló la cabeza y espiró arrojando por el pico un hilo de negra sangre.

La sultana lanzó lejos de sí el halcon, tomó de manos del judio la ampolla y el pomo, ocultólas bajo su manto, y señaló á Jetzaam la puerta á que antes se habia encaminado; á un mismo tiempo, por distintas direcciones, salieron del aposento el judio y la sultana.

Aixa subió á su retrete, encerróse en él, tomó un jarron de plata lleno de agua y vertió en él una sola gota del licor de la ampolla.

Luego llamó á su esclava.

—Cuando yo te pida agua llévame ese jarro, pero guárdate de tocarle con tus labios.

Despues de esto tomó una lámpara, abrió otra puerta, salió á una galeria, atravesó un patio, subió una espiral, y sacando una llave de entre sus ropas la introdujo en la cerradura de una puerta; pero antes de abrir apuró la mitad del contenido del pomo de oro.

Luego empujó la puerta y entró.

La esclava negra quedó esperando fuera, junto al arranque de la espiral.

Cuando Aixa entró en aquel aposento la luz de su lámpara alumbró un recinto oscuro, ennegrecido, sin otro respiradero que una saetera por donde penetraba mas aire que luz, aun en las horas del dia en que el sol alumbrá con mas fuerza.

En un retirado ángulo de aquel calabozo habia una mujer vestida de negro á la castellana, durmiendo sobre los almohadones de un divan.

Aixa acercó la luz á su semblante y la contempló con odio : era la sultana Zoraya.

Sobre su frente pálida corrían gruesas gotas de sudor, de sus ojos una sola y continua lágrima resbalaba á lo largo de sus mejillas hasta mojar el almohadon donde reclinaba su cabeza.

Todo su ser se estremecía como bajo la influencia de un terrible ensueño, y su boca estaba entreabierta por el dolor.

A su lado, sobre la alfombra, habia una escudilla sin manjares y un jarro de plata vacío.

La espresion de Aixa ante Zoraya, en quien creia representados todos sus sufrimientos de mujer, de madre y de esposa era terrible; todo su odio guardado y comprimido en su corazón durante veinte y seis años, surgia de su mirada cruel, inmensa, que abarcaba á su víctima, y absorbía la espresion del dolor retratado en su semblante, como absorbe un hierro candente una gota de agua.

Momentos hubo en que, arrastrada por el furor, sus ojos se tiñeron de sangre, y su mano buscó temblorosa el pomo de su puñal.

Pero como el genio protector de Zoraya, una forma pura y blanquísima, pasaba por la imaginacion de Aixa, y este genio protector era Schamsul-llemal, la hija de su amor, que habia llorado tantos años, que habia visto al fin entre sus brazos, y cuyos besos quemaban aun sus labios.

—Es necesario que esta mujer muera, murmuró roncamente, pero que muera como si la hiriese la mano de Dios; si, es necesario que muera, pero entre los suyos, libre y perdonada por mí en la apa-

riencia; ¡oh! si yo no la devolviera á esos feroces infantes, mi hija tal vez, la hija de mi amor, caeria como cayó el anciano sacerdote, como cayó Abou'l-Hassan.

Aixá inclinó la frente entre sus manos, dominada por sombríos y tristísimos recuerdos.

—¡Oh! es necesario acabar, dijo, acabemos de una vez.

Y posó su mano sobre el hombro de Zoraya, y la movió suavemente.

Zoraya abrió los ojos, tornólos á cerrar, heridos por la luz, y se puso en pié de un salto obedeciendo á un terror involuntario.

Aixa, de pié ante ella, bañado su semblante por la luz de la lámpara, parecia una sombra vengadora evocada de las tumbas en aquel aposento medroso perdido en la sombra, y en cuyos oscuros ángulos se oia el paso silencioso de los reptiles.

—¿Qué buscas aquí, sultana? dijo Zoraya reparando en Aixá, ¿qué quiere la esposa *honest*a de la *mancheba* de su esposo?

Estas solas palabras de la mujer prisionera á la que tenia en sus manos su destino, pronunciadas con un profundo sarcasmo, revelaban por sí solas toda la saña que existia entre aquellas dos mujeres.

—Vengo á abrirte las puertas de tu prision, contestó Aixá, voy á devolvete á tus hijos; pero antes quiero que sepas todo el valor de mi sacrificio.

Aixa dejó la lámpara sobre el pavimento y asentó en el divan. Zoraya vuelta de espaldas á ella ocultaba el rostro entre sus manos.

—Llora, si, llora, la dijo la sultana; llora, mien-

tras yo tengo los párpados enjutos. Y sin embargo, Zoraya, mucho he sufrido desde que viniste de tu castillo de Martos al alcázar de la Alhambra. Y siempre mi corazón ha devorado sus ultrajes, los ha atesorado, y ha pensado en su venganza.

Zoraya callaba; su silencio irritaba á Aixa.

—Calla, si, la dijo; porque nada podrian decir tus labios que disculpen tu pasado; ¿no te bastaba el haberme lanzado del lecho del rey, en lo que por cierto ganaba la mujer, todo lo que perdía la sultana? ¿no te bastaba haberme robado mi hija? sí, mi hija, Zoraya, la hija del adulterio á que me arrastró mi abandono; ¿no bastaba haber atentado á la vida de mi hijo para dejar abierto para los tuyos el camino del trono? ¿no bastaba haber encendido la guerra civil en Granada, haberla destrozado en bandos, haber traído á los cristianos hasta nuestras puertas? no; era necesario añadir la infamia á la traicion; era necesario deshonrar una madre á los ojos de su hijo; era preciso que ese hijo la dijese presentándola terribles pruebas, cuando ella le escitaba á defender su trono y su terreno: «Calla, sultana, porque si yo soy cobarde tu eres adúltera, porque si puedes pedirme cuentas del reino de mis abuelos, yo, tu rey y tu señor, puedo pedirte las á mi vez del honor de mi padre.» ¡Oh! haces bien callar, porque ante mí debes tener el corazón aterra-

do y la vista fija en el suelo.

—Basta ya, la dijo; si yo te odio tu me odias, si durante la vida del rey no pudiste saciar en mí tu venganza, fué por que el amor del rey me protegía. Y al cabo cayó, Aixa; al cabo el noble anciano murió, como moriré yo, por yerbas preparadas por tu mano.

—Y sin embargo, Zoraya, exclamó la sultana, observe que aun respiras á pesar de que ese jarro está vacío y esa escudilla sin manjares.

Zoraya tomó la luz, asió de la túnica á Aixa y la mostró un ángulo de la prision donde estaban arrojados manjares y pan.

—Mira, la dijo: hace nueve dias que estoy encerrada en esta torre, y durante ellos no he tomado mas alimento que algunos huevos crudos que he debido á la compasion de un esclavo; he vertido mi agua, temerosa de que me aquejase la sed, haciéndome arrosstrar un tósigo, y he devorado la sed; mis fauces están secas, la fiebre quema mi frente y la sangre golpea mis sienes, como con mazas de hierro; ¡oh! ¿y quieres que á pesar mio mis ojos no viertan lágrimas? ¿quieres que como tú, á quien sin duda asiste Satanás, devore en silencio mis sufrimientos, los absorva en mi corazon y aliente mi venganza? ¡Oh! yo no puedo, estoy cansada de luchar, y esta lucha me mata, sé generosa enemiga al menos y acabemos de una vez.

—Si, es preciso acabar, dijo sombríamente Aixa, es necesario que salgas de aqui, que busques á tus hijos, que tengas una muestra de mi generosidad.

Zoraya contempló recelosa á la sultana; la frente de esta estaba tersa, sus ojos ocultaban el odio que ardia en su alma, y sus palabras si bien severas nada tenian de amenazadoras. Zoraya alentó una esperanza.

—Y bien, la dijo, si ha llegado para entrambas la hora de las desgracias; si los cristianos ocupan al fin el objeto de nuestra mútua ambicion; ¿por qué no perdonamos nuestros comunes ultrajes y acabamos

por ser hermanas tras de tantos años de haber sido enemigas?

Aixa devoró en su corazon un rugido que el furor arrancaba de su alma; Zoraya, como ella, mentia, y colocada en una mala posicion solo pretendia ganar terreno sorprendiendo á su enemigo.

La sultana lo comprendió, pero tenia sed de venganza, y fingió adaptarse á los deseos de Zoraya.

—Pues bien, la dijo, seamos amigas; hermanas; olvidémoslo todo; y en muestra de ello comamos juntas el pan y la sal.

Zoraya se estremeció, la idea del tósigo pasó por su mente como un fantasma sombrío.

—¡Aakil! gritó la sultana.

La esclava se presentó á la puerta.

—¡Manjares! la dijo lacónicamente Aixa.

La esclava desapareció.

Las dos enemigas quedaron solas.

Las dos fingian, pero no se engañaban.

—¿Qué habeis hecho de mi hija? dijo la sultana á Zoraya; hace dos dias que ha desaparecido del alcázar de Muza de la Azubia, y se ha encontrado su retrete en el mayor desórden, y en él este puñal que pertenece al infante Sidy Albamar tu hijo.

—¡Oh! si está en su poder, sultana, nadie osará tocar á uno solo de sus cabellos. ¿No hemos olvidado lo pasado? ¿Acaso no querrás que en el porvenir se una tu raza á mi raza por el enlace de nuestros hijos?

Acaso era la primer vez que Zoraya hablaba con el corazon; conocia el insensato amor de Sidy Yahye á Schansul-llemal; y ambiciosa siempre, creia que uniendo sus ambiciones á las de Aixa, sus parciales á

los de ella, lograria contrarrestar el terrible destino que pesaba sobre Granada; y ya independientes, ya tributarios de los reyes de castilla, colocar sus hijos en el trono.

Aixa leia como en un libro abierto en el corazon de Zoraya; pero continuó dominando aun su odio.

—Si, es verdad, la dijo, si se aman ¿por qué no unirlos? ¡Oh! ¡y qué felices seríamos entonces! añadió con sarcasmo.

El acento de la sultana helaba de espanto á Zoraya, y sin embargo, pretendia en vano sondear el abismo de su pensamiento.

Aakil entró con viandas y con un jarro de plata que puso sobre un paño de lino á los pies del divan.

Zoraya fijó una mirada avarienta en los manjares y en el agua; Aixa, para destruir su prevencion, comió y la ofreció de lo mismo que habia comido.

Entonces Zoraya devoró mas bien que comió: el hambre, el mas cruel de los sufrimientos, la aquejaba, y creyéndose segura, ruborizada por sus debilidad, regó con sus lágrimas aquel pan que podia llamarse de esclavitud.

Quizá por la primera vez de su vida Aixa sintió un impulso de compasion; pero instantáneamente, apareció entre sus recientes recuerdos su hijo mostrándole el retrato y las cartas de don Diego de Córdoba; escuchó su voz que le pedia cuentas del honor de su padre, y tornó todo su odio, terrible, implacable contra aquella mujer.

Zoraya habia satisfecho un tanto su hambre, sentia sed, y miraba ansiosa el jarro de plata lleno de agua clarísima al que no habian tocado aun los labios de Aixa.

Llegaba el momento supremo.

La sultana tendió su mano al jarro, le llevó á sus labios y bebió ; luego le ofreció á Zoraya.

La desdichada asió dél y con el ansia de los sedientos le apuró.

Todo estaba concluido, y Aixa no pudo contener un grito de alegría.

Zoraya dejó caer el jarro y miró con espanto á Aixa.

—¡Oh! si, dijo esta, estoy satisfecha, y todo te lo perdono, ¿acaso no hemos comido juntas el pan y la sal? Seamos hermanas cuanto hemos sido enemigas, y nuestros hijos perpetuarán nuestra raza.

La alegría de la venganza habia tornado radiante el semblante de Aixa, y Zoraya, que si habia cometido contra ella terribles crímenes por su ambicion y quizás por el amor de sus hijos, se conmovio, y despertando en su alma lo que tenia de bueno, se arrojó á los piés de Aixa llorando.

—¡Oh! sultana, perdóname, y yo correré á arrojarme á los piés de tu hijo ; yo le diré que eres inocente, que ese retrato y esas cartas son prendas falsas. ¡Oh! y yo le convenceré aunque sea á costa de mi honra.

—¿Y como podrás borrar, miserable, la contestó Aixa, la semejanza con mi semblante que el dedo de Dios ha puesto sobre Schamsul-Ilemal?

Era tan terrible el acento de Aixa que Zoraya se aterró.

—Es necesario que salgas de aqui, y voy á disponer tu partida. ¡Hola! ¡Shaab!

Un esclavo se presento á la puerta.

—Conduce esta mujer, le dijo, en una litera al campo cristiano. Vete, Zoraya, dí á tus hijos como paga sus odios la sultana Aixa.

Zoraya, abismada en un dédalo de dudas, salió siguiendo al esclavo.

Aixa miró el jarro de plata.

—¡Vacío! exclamó con feroz alegría. ¡Vé en buen hora! ¡me haces perder un reino! pero ¡ay de tí! ¡no gozarás mucho tiempo el fruto de tu traicion!

Despues de esto salió de la torre del Gallo de Viento donde se encontraba, llegó á su retrete, arrojóse en el divan, y por primera vez tras largas noches de velada durmió con el sueño de la venganza satisfecha.




JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



XVIII.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



— ¡Corre, corre, corcel mio ! gritaba Gaston á su caballo , llevando entre sus brazos á Schamsul-Ilemal la noche de aquel día terrible en que las haces del Islam habian sido destrozadas en la vega ; ¡ corre ! ; lleva á la vírgen de mis amores á alumbrar con su hermosura los ojos de mis reyes !

Y el corcel volaba , que no corria , atravesando los campos, salvando los arroyos, saltando quizás sobre montones de cadáveres.

Eran las primeras horas de la noche ; algunas veces se rompía la sombra de las oscuras nubes y un medroso rayo de la luna venia á reflejar en el semblante de Schamsul-Ilemal, y tornaba á ocultarse cual

si solo hubiese cedido al deseo de mirar á la hermosa jóven.

Desprendiase del encapotado celaje una menuda lluvia, y era el viento pesado y frio á pesar de ser la estacion de los calores.

Cubria Gaston á Schamsul-llemal con el ancho al- maizar cuidadoso como una madre, y de vez en cuando, al tiempo que las nubes se rasgaban dando paso á la luz de la luna, la contemplaba con ansiedad.

El letargo de la niña era cada vez menos profundo; sentiala Gaston agitarse entre sus brazos, y al fin escuchó algunos entrecortados y débiles suspiros.

Gaston detuvo por un momento su caballo, y descubrió á la jóven; la impresion del aire y el frio de la lluvia la tornaron en sí.

El capitan dió un grito de alegria al sentirla agitarse ya despierta, y ella pretendió apartarse espantada de sus brazos.

—¡Gaston! ¡Gaston mio! ¡socorro! exclamó creyéndose aun en poder de Sidy Alhamar; ¡sácáme de aqui, me van á matar!

El jóven se estremeció.

—Soy yo, la dijo, amor mio, yo, tu Gaston; ¡no tiembles!

Schamsul-llemal reconoció la voz del capitan, y se asió á él aterrada.

—¡Sácame de aqui! le dijo, ¡estas paredes me sofocan! ¡dame mi talisman! ¡él nos sacará de esta tris- tísima torre! ¡Oh! ¡tengo miedo!

Gaston tuvo mas fe en la influencia mágica del ta- lisman que en sus palabras, le sacó de su seno y le ciñó al cuello de Schamsul-llemal.

El resultado fué admirable ; la niña se estremeció en un movimiento poderoso , semejante al del que lanza de sí un sueño apenador , miró en torno suyo, reconoció á Gaston, aspiró el aire impregnado de la humedad del ambiente y de los aromas campesinos, y tornó su infantil alegría y sus delirios de amor, y su sonora voz gritó como otras veces en los momentos de su felicidad.

— ¡Corre, Gaston mio! ¡corre! mas aprisa, que el viento agite mis cabellos junto á tus cabellos, que se confundan nuestros alientos, ¡corre! ¡corre!

El enamorado mancebo aguijaba su corcel, que avergonzado del castigo redoblaba su carrera, suelta la rienda, y cubierto de sudor.

Y como entonces la niña caprichosa y loca le decia:

—Para Gaston y descendamos; esta enramada es sombría, y ese arroyo murmura dulcemente; bajemos.

Gaston detuvo su corcel, puso en tierra á Schamsul-llemal y descabalgó; entonces la niña corrió y resbaló.

—Ha llovido mientras dormia, dijo; y se ha encapotado el cielo ¡Oh! ¡y que sueño tan horrible! ven, ven, sientate junto á mí y te lo contaré.

Schamsul-llemal fué á sentarse, y dió un agudísimo grito; habia puesto su mano sobre un objeto horriblemente frio y pegajoso; la luna rompiendo entonces con mas fuerzas las nubes, la dejó ver en ella manchas rojas y á sus piés, y en torno y mas alla, cadáveres humanos.

Se habian detenido en el mismo sitio donde la batalla se encarnizó con mas furor, y Gaston reconoció

los colores de los peones moros , cuya sangre manchaba aun el hierro y el pendoncillo de su pica.

Arreció el viento, y las nubes impelidas y arremolinadas por el, pasaron negras y fatídicas sobre el campo de batalla, gimiendo al embate de las ráfagas, como escuadrones de réprobos que miraban sombríos aquel campo de sangre.

El cielo apareció diáfano en grandes espacios entre los rotos nubarrones, y tendió la luna sobre la tierra su argentina luz.

Schamsul-llemal se estremeció, corrió á un arroyo, y se lavó las manos.

—Vamos de aquí, exclamó, el ángel exterminador ha pasado por estos lugares.

Gaston la refirió en pocas palabras la batalla, su entrada en la torre de Bib-Ataubin, y su salida con ella de aquel paraje fatal.

—¡Oh! no era un sueño, exclamó la jóven, cuanto ha acontecido por mí, es verdad; ¡oh! ¿y dónde me llevas ahora, Gaston mio?

—Al real de mis reyes, contestó Gaston; allí serás respetada, por que te mirarán como mi prometida, si consientes por mi amor en abrazar la religion de Cristo.

—Yo soy cristiana, dijo la jóven, y me llamo Isabel; si, tú serás mi esposo; se ha cumplido mi destino y puedo seguirte, Gaston, al real de tus señores.

—¡Al real! exclamó el capitan enajenado de alegría.

Y puso sobre el arzon á Schamsul-llemal, cabalgó, y partió á la carrera al ya cercano campo de Santafé.

—¿Quién vá? gritó poco despues la voz de un atalaya.

—Capitan de caballos de Sus Altezas, contestó deteniéndose Gaston.

Un ginete adelantó con la lanza baja y á media rienda; el jóven dejó caer á la espalda el capuz del alcazar, y la luna reflejó en su semblante; el que abanzaba dió un grito de alegría al reconocerle.

—Primo Gaston, exclamó levantándose la visera.

—Garci Perez, primo mio, contestó Gaston cruzando con él su caballo, y tendiéndole la mano.

—¿Cautiva traes, capitan? observó Garci Perez de Vargas, reparando en Schamsul-llemal.

—No, sino esposa, contestó Gaston; este es aquel brillante sol de la apuesta, primo, y por el nombre de mi padre, que quien pretenda colocarse entre él y yo, ha de probar la punta de mi pica.

—¡Loco! exclamó Garci Perez, vé pues: nuestro padrino el conde de Tendilla, te espera con ansiedad, y el rey ha notado con enojo tus continuas escapadas del real. Conduce esa dama á la tienda de la princesa Isabel, y... ¡al real! capitan Gaston, ¡al real!

En aquel momento se oyó otro ¿quién va? del atalaya, y la carrera de un ginete por la parte de Granada.

Un moro plantó al mismo tiempo su caballo ante los de los dos capitanes, y ondeó en señal de paz un pendoncillo blanco.

—¿Qué quieres, infiel? le dijo Garci Perez.

—De la poderosa sultana, madre del poderoso rey de Granada, contestó el moro en mal castellano mostrando un pergamino enrollado á Garci Perez, para el conde de Cabra.

Garci Perez tomó el pergamino, y el moro sin

otra palabra mas tornó grupas, y á rienda suelta se dirigió á Granada.

—He aquí un mensaje singular, observó Garci Perez de Vargas; y bien, primo, una vez que te dirijes al real, ¿por qué no evitar á uno de estos valientes una carrera?

Gaston tomó el pergamino, que estaba sellado con cera encarnada, estrechó la mano de su primo, y entró en el real tras haber sufrido otro escrupuloso reconocimiento.

Santafé estaba silencioso, sus calles desiertas, parecia que el ejército estaba entregado al sueño, y sin embargo, en las anchas y lejanas penumbras podian distinguirse las masas de escuadrones cerrados, al pié de los caballos y apoyados en las picas.

De tiempo en tiempo algun capitán armado hasta los dientes rompía el silencio al rechinar de su armadura y se perdía tras la puerta de alguna solitaria tienda.

Gaston á pié, llevando del brazo Schamsul-Ilemal y el caballo de la mano, atravesó gran parte del real y llegó á otro círculo mas animado, mas despiertos y de tiendas mas ricas, pajes, escuderos, palafreneros con alguna descarriada doncella, platicaban alegremente á sus puertas.

Gaston llegó hasta el centro del real, y á la puerta de una tienda sobre la cual cruzó su partesana un soldado.

—¿Duerme ya Su Alteza la princesa doña Isabel? Asomó á punto un viejo escudero.

—Está en la tienda de Su Alteza la reina, capitán Gaston, le contestó reconociéndole.

El jóven siguió adelante y á través de guardas, caballeros y pajes, llegó hasta la tienda real.

—Capitan Velasco, dijo á uno de los caballeros que estaban de guarda, demanda audiencia para un asunto importante á Sus Altezas en nombre del capitán de caballos Gaston de Vargas.

El viejo soldado lanzó una mirada maliciosa á Schansul-llemal que estaba enteramente cubierta por su velo, otra al traje árabe del jóven, y entró en la tienda. Poco despues tornó.

—Sus Altezas te conceden audiencia, capitan, le dijo.

Gaston arrojó sus riendas y su pica á un soldado, levantó el tapiz de la tienda y entró con Schmsul-llemal.

En el fondo de ella, sentadas en sillas de alto respaldo en un retrete formado de tapices, multitud de damas, ocupadas en labores mujeriles, estaban en torno de otra ya de edad madura, de semblante noble y grave aunque dulce, vestida con un severo traje negro y cubierta la cabeza con una toca.

Esta mujer, ante la cual se inclinó Gaston doblando una rodilla, y tras el cual se inclinó tambien Schamsul-llemal, era la reina doña Isabel I de Castilla, que se ocupaba en bordar una tela de brocado de oro.

Apoyado en el sillón, armado de punta en blanco, habia un caballero departiendo con una hermosa jóven, que ociosa é indolente se reclinaba en el sillón próximo al de la reina.

El jóven era el príncipe don Juan, hijo de los reyes, la dama la princesa de Portugal doña Isabel.

Hablaban en voz baja, la reina callaba, y sus da-

mas guardaban un silencio respetuoso, que se alteró empero al penetrar en la tienda Gaston y Schamsullemal.

Gaston besó la mano que le presentó afablemente la reina, y sin levantar la rodilla, dijo á la princesa doña Isabel.

Nueve dias han trascurrido, señora, la dijo, desde que prometí á Vuestra Alteza sacar de Granada un sol, y el sol está aquí.

Dicho esto, alzóse y presentó á la reina y á la princesa á Schamsullemal que echó atras su velo.

La reina, adusta y severa siempre, no pudo contener su admiración ante la hermosura y la juventud de la niña, y la princesa, arrastrada por un movimiento simpático, se levantó, la asió de las manos y la contempló sonriendo, satisfecha, mientras las damas murmuraban, dando rienda á la femenil envidia.

—¡Oh! sois un cumplido caballero, Gaston, exclamó la reina, tenéis tiempo para arremeter en nuestro servicio como un rayo de muerte contra los infieles, para recoger presas reales en los palacios de nuestros enemigos y para robar á su amparo la mas hermosa de las damas granadinas.

—¡Oh! si, muy hermosa, dijo la princesa; ¿cuál es su nombre, capitan?

—Isabel, contestó en buen castellano Schamsullemal anticipándose á Gaston.

—¡Cristiana! observó la reina, ¡castellana tal vez! ¡oh! ven, ven niña, la dijo llevándola consigo hácia otro apartamiento de la tienda, y vos, capitan, ¡id; yo me encargo de vuestra prisionera.

Inclinóse Gaston y Schamsullemal siguió á la rei-

na, no sin cambiar con el jóven una ardiente mirada de amor.

La princesa sorprendió aquella mirada.

—¿Os amais? dijo sonriendo y recatadamente á Gaston.

—¡Oh! señora, es mi porvenir, dijo el jóven, y á Su Alteza la reina y á vos, señora, confio mis esperanzas.

—Id descuidado, Gaston, dijo la princesa tendiéndole la mano.

Besóla el jóven é iba á salir, cuando penetró en la tienda un caballero en la flor de su edad, de grave y severo continente, cubierto de una armadura milanesa.

Detúvose ante él Gaston, le saludó, sacó de su escarcela el pergamino de que era portador.

—Dispensadme, señor, le dijo, pero debo entregaros estas letras que ha traído para vos de Granada á las primeras atalayas, un moro.

Este caballero era don Diego Fernandez de Córdoba, conde de Cabra.

Tomó el pergamino, miró el sello encarnado y palideció.

—Esperadme, capitan Gaston, le dijo, fuera de la tienda.

El capitan salió, el conde de Cabra se apartó por cortesía á un lado y rompió los hilos de seda que enrollaban el pergamino; dentro de él venia otro mas pequeño escrito con tinta azul en pequeños caracteres árabes, al paso que el primero escrito en castellano, decia:

«Cristiano: mi hija, segun acabo de saber por el

rey mi señor, mi hija, que como sabes he llorado tantos años creyéndole muerta, es conducida á Santafé por un capitán cristiano á quien ama; que Su Alteza, olvidando el odio que como reinas y enemigas nos separa, sea una madre para la hija que Allah en sus iras aparta de mi regazo.—*La sultana Aixa.*»

La palidez del conde creció, y trémulo, conmovido, se dirigió á la princesa Isabel.

—Así Dios bendiga á Vuestra Alteza, señora, la digo, ¿podreis decirme donde se halla Su Alteza la reina?

La princesa dió á besar su mano al conde, y le indicó el apartamento donde Isabel de Castilla habia entrado con Schamsul-llemal.

El conde se lanzó sin otras palabras hácia él, levantó el tapiz y entró con gran admiracion del príncipe don Juan y de las damas que lo tuvieron á desacato, y tanto mas cuando á poco oyeron sollozos, el crugir de la armadura del conde como al dejarse caer sobre un sitial, besos reprimidos, y una voz entrecortada que exclamó:

—¡Hija mía!

Necesaria fué la autoridad de la princesa para reprimir el escándalo y las murmuraciones de las damas, que inclinaron las cabezas sobre sus labores y se restableció el silencio.

Y así pasó una hora; al cabo de ella oyóse junto al tapiz la voz de la reina que dijo con imperio:

—¡Mis damas!

Dejaron cuatro de ellas sus labores y entraron; media hora despues levantóse el tapiz, y apareció la reina llevando de la mano á Schamsul-llemal, precedida del conde de Cabra y de sus damas.

Schamsul-Ilemal habia sido despojada de su túnica oriental, y sobre sus redondas formas se ajustaba un traje de terciopelo negro; las trenzas de sus cabellos habian sido deshechas, su peinado, semejante al de la reina, estaba cubierto por una toquilla de brocado con borlas de perlas y sobre su seno pudorosamente cubierto hasta el nacimiento de su cuello, pendia el precioso collar mágico de brillantes.

Parecia haber ganado la hermosura de la niña con aquel severo atavío; la blancura de su tez, realzada por el negro color de sus ropas, era imponderable, sus ojos relumbraban como luceros, y sus cabellos, rodeando en anchos pabellones su semblante, afrentaban el brillo del oro de su toca.

El conde de Cabra la contemplaba estasiado, y la reina estaba visiblemente conmovida.

Todos los circunstantes se levantaron como previendo un acaecimiento solemne, y la reina dijo en alta voz á los pajes que velaban en la puerta:

—Haced entrar al señor capitán Gastón de Vargas.

Instantáneamente el jóven entró y dobló una rodilla ante la reina, conteniendo un grito de admiración, causado por el cambio operado en Schamsul-Ilemal.

Esta estaba también conmovida y silenciosa.

—Alzad, capitán, le dijo Isabel, la reina de Castilla os nombra su escudero, y os dona seis mil maravedis en arras de vuestro enlace con la infanta doña Isabel de Granada, de cuyo dote nos encargamos.

Y señaló á Schamsul-Ilemal.

—Vos, don Diego Fernández de Córdoba, conde de Cabra, decid al rey de Aragón mi señor, que mañana, después de la misa, apadrinada por mí y por

mi hijo el príncipe don Juan, será bautizada por nuestro confesor don fray Hernando de Talavera, la prometida del capitán Gastón de Vargas. Que Dios os guarde, caballeros.

Tras esto, el conde de Cabra y Gastón besaron la mano á la reina, y salieron, el jóven loco de alegría, y el conde pensativo y conmovido.

El capitán montó á caballo, corrió á su tienda, y solo allí con su pensamiento pasó una noche de insomnio y de delirio.

El conde de Cabra entró al par en la suya, despidió su servidumbre, y se puso á leer el pergamino escrito en árabe.

«Cristiano, decia: la sultana Aixa te ama aun, te vé en sus sueños y ruega á Allah por tí; la hija de la sultana está en el real de Santafé y ama á un capitán de tus reyes: conozco á ese jóven, es noble, valiente, generoso y merece unirse á ella. ¡Qué se unan pues! Pero que ella ignore siempre de quien es hija.

«Estoy deshonrada; las pruebas de mi desdichado amor han sido presentadas al rey por los hijos de mi implacable enemiga. Ven á verme, cristiano, ven á verme esta noche. Un esclavo mio te espera en la fuente del Pino y te conducirá por lugar seguro hasta mí. Pero si está escrito que no podemos vernos, que al menos tu mano poderosa separe el odio de mis enemigos de sobre la frente de mi hija; que vivan lejos de ella, y que cuando Isabel de Solís, á quien tengo en mi poder, se presente á tus reyes sea desterrada al interior de Castilla, porque con ella vive la traicion. Adios... te espero.»

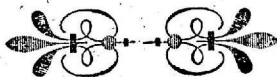
El conde guardó cuidadosamente este pergamino, y solo, sin paje ni escudero, montó á caballo salió del real, y se encaminó al sitio donde le citaba la sultana.

Al amanecer tornó, entró en la tienda de la reina, y no salió de ella sino para asistir al solemne bautismo de Schamsul-llemal.

Cuando llegó á los reales Zoraya, libre ya por la sultana Aixa, los reyes la recibieron con frialdad, y la confinaron á Guadix, pretestando convenir así á su servicio.

Zoraya recibió el golpe y se arrepintió, aunque tarde, de haber hecho traicion al pueblo en que habia sido reina.

Ocho dias despues el capitan Gaston de Vargas vió realizados sus sueños al recibir por esposa de manos de los reyes á Schamsul-llemal, que desde aquel dia se llamó la infanta doña Isabel de Granada.



XIX.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

Lo que estaba escrito se cumplía; Muza había sido vencido, y la bandera del Islam si flotaba aun sobre las torres de la Alhambra era al embate del viento de la desgracia.

El cristiano dilatava ya su ojo hambriento, y de antemano se repartía aquella tierra y aquella ciudad, sustentadas durante tantos reinados con sangre en el campo de batalla de las fronteras.

El desdichado emir, encerrado en su alcázar, no era ya el mismo guerrero de corazón imperturbable, ánimo esforzado y ardiente amor á su país. Era un pobre loco en cuyo pensamiento vivía continuamen-

te un fantasma fascinador, radiante de hermosura, de ondulante túnica y cabellos impregnados de ambrosía; veíale en sus sueños, fingíasele en las caprichosas formas de las nubes, entre las hojas de las flores, en el fondo de las aguas, entre las tinieblas y á través de la luz; era un pensamiento fijo, insensato, superior en él á sus creencias, á su honor.

Y él, tan noble, tan valiente, tan leal, tan hermoso; él, por quien una reina hubiera suspirado de amor; él, último caballero del Islam en España, se consumía como una encina herida por el hacha del leñador, seca una á una las hojas de sus robustos brazos.

Llegaba la noche, y entonces, obedeciendo á un pensamiento fijo, bajaba á las caballerizas, arrojaba sobre las espaldas de Samyel su caparazon de batalla, cabalgaba en él de un salto, salía de la Alhambra, y á través del cerro de Al-baul, se lanzaba á toda carrera sobre el camino de la Azubia, llegaba á su alcázar, ataba su caballo al laurel, y subía al retrete que habia ocupado Schamsul-llemal.

Y allí, sobre aquel divan que todavía guardaba la huella del cuerpo de la jóven, desvelado, loco, con el rostro unido al sitio donde ella solía sentarse, pasaba una tras otra noche de lágrimas y desesperacion.

Una alborada, lá del dia veinte y cinco del mes que llaman agosto los cristianos, tornaba el emir á Granada.

La mañana era diáfana; el sol inundaba con vapores dorados la ciudad, la vega y los distantes horizontes; Muza detuvo su caballo en la cumbre de un collado y miró con los ojos arrasados de lágrimas á Granada.

—¡Oh! ¡desdichada ciudad! exclamó, ¡paraiso de los fieles! ¡hermoso kan de Occidente, donde el mozo cansado respira aura de vida, si de cruzar acaba los arenales de Africa! ¡Granada de rubies! ¡perla del Islam! ¡sin mi funesto amor ¡oh! no profanaria el cristiano tus alcázares, ni secaría la sed de su garganta el agua de tus fuentes!

¡Oh! ¡pero yo no lo veré! continuó con acento conmovido. ¡Tu caerás, ciudad de las maravillas, pero contigo caeré yo, y mi nombre quedará escrito con sangre, ignorado y desconocido bajo los escómbrros de tus alcázares!

Muza inclinó la frente, y por un movimiento de desesperacion y de valentia, levantóla colorada por el furor, y tendió su poderosa vista sobre la vega en direccion al real de Santafé.

Entonces, ya cercana, vió levantarse en el camino de la villa de Armilla una nube de polvo, su despier-to oido percibió clamor de trompetas, y luego un lejano y confuso rumor causado por la carrera de muchos caballos.

El emir ocultó su caballo entre un tallar, y á pié, recatándose, bajó junto al linderó del camino de la Azubia, se ocultó á la orilla de un arroyo entre una espesura de juncos y espadañas, y esperó.

No tardó mucho en oirse más cercano el galopar de los caballos, y luego, como impulsado por el torbellino, pasó junto á Muza un escuadron de cristianos entre una nube de polvo.

Muza reconoció á su frente al duque de Cádiz; trás él, entre Gaston de Vargas y el conde de Cabra, la reina Isabel de Castilla sobre una hacanea, en otra

la infanta doña Juana, y entre las damas una mujer que arrancó de su garganta un grito, perdido por su fortuna entre el rudo galopar de los caballos.

Era Schamsul-Ilemal; deslumbrante, hechicera, radiante de felicidad, rigiendo con su delicada mano, envuelta entre las bacaneas de las damas, un fogoso potro cordobes.

—¡Oh! ¡aun es tiempo! exclamó el enamorado Muza; la reina será buenas rehenes para Granada, y ella, ¡oh! ella volverá á dormir en mis alcázares.

Pasó en tanto el escuadron cristiano, y Muza salió recatadamente de entre las espadañas, llegó al taller, desató á Samyel, saltó sobre su espalda, clavó los acicates en sus hijares, y partió veloz como un rayo en direccion de Granada.

En tanto los cristianos llegaron á la Azubia, sorprendieron á los pocos soldados que la guardaban, y la reina, la infanta, Schamsul-Ilemal y las damas, acompañadas de Gaston, del duque de Cádiz y del conde de Cabra entraron en la espesura de laureles, despues de haber puesto atalayas avanzadas en torno de la villa.

La reina, escitada por la relacion de Schamsul-Ilemal de la hermosa vista que desde alli presentaba Granada, *trazó una travesura real* (1), y acompañada del príncipe don Juan, de la infanta doña Juana, de sus damas, entre las cuales iba Schamsul-Ilemal, y de los principales caballeros del real, con mil y doscientas lanzas mandadas por el duque de Cádiz, llegó al fin á fijar sus ojos la ciudad enemiga.

(1) *Palabras originales de Bermudez de Pedraza. Historia Eclesiástica de Granada.*

Y en verdad que nunca ensueño tan hermoso había halagado su pensamiento de reina conquistadora; los resplandecientes Alijares con sus cúpulas altísimas, la Alhambra con sus torreones rojizos, y su alcázar cubierto de pizarras doradas, que lanzaban destellos de fuego heridas por el sol, la alcazaba con sus fuertes muros y sus altivos cipreses, el cerro Al-baul cubierto de higueras de Túnez, sobre las que descollaban los cedros de Palestina y las palmeras de Africa, las vertientes de las colinas cubiertas de blancas casas, entre las cuales flotaban las verdes frondas y los vistosos jardines; al pié de esto la vega, tendida á los piés de la ciudad, y surcada por rios y acequias, como una alfombra de mil colores con pasamanos de plata á los pies de una dama; y luego las distantes sierras perdidas en vapores fantásticos, tras las cuales se levantaba un cielo azul como el zafiro, iluminado con la luz de los ojos de Dios; todo esto era un espectáculo nuevo, maravilloso, que estasiaba á la reina y la hacía suspirar por el día en que su pendon ondease sobre aquel castillo que guardaba como un vigilante atalaya aquel jardín de delicias.

Y si la reina se retiraba un momento del agimez y fijaba la vista asombrada en los alicatados del retrete, en sus tapicerías de seda y oro, en su alfombra de Persia, en sus divanes de púrpura, en sus labores de oro y azul, en su cúpula de cedro, ébano y nácar, ansiaba posar sus ojos en los maravillosos aposentos de la Alhambra, ó en las caladas galerías del palacio de Dar-la-roca (1).

(1) *De la Novia.*

Pero de repente el grito de ¡alerta! seguido del de ¡a las armas! de los atalayas penetró en el retrete; la reina palideció, las damas se desmayaron, Schamsul-Ilemal corrió á la reina, y los condes de Tendilla, de Alcaudete, y de Montemayor se pusieron en forma de pelea, con los rostros vueltos á Granada, mientras el duque de Escalona, el conde de Ureña, don Alonso de Aguilar, y Gaston de Vargas con algunos soldados asistian á la reina, desnudas las espadas, y los pajes y escuderos, que tenian la yegua de la reina y las hacaneas de las damas, se ocultaron medrosos en lo mas espeso del bosque de laureles. (1)

Muza, con seis mil ginetes y dos bombordas, restos de la rota anterior, habia salido de Granada con la velocidad del relámpago y se habia lanzado rabioso, con sed de vengar cumplidamente el ultraje pasado sobre la Azubia.

La reina ordenó al duque de Cádiz procurase evitar el venir con los moros á las lanzas, pero no fué posible; Muza se lanzó como el vendabal sobre los cristianos; crugió la artilleria, una nube de sangriento polvo voló sobre la Azubia, y los cristianos, apretando los puños y las picas, lidiaron con el valor de la leona que defiende su cubil.

Por tres veces Muza se abrió paso entre las enhiestas lanzas hasta el alcázar, y por tres veces el genio enemigo de su fortuna, lo rechazó dando maravilloso brio á las espadas castellanas; por tres veces al sentir tan cercano el alarido del combate, prometió la reina á San Luis, santo de aquel dia entre los na-

(1) Aun se señala hoy por tradicion el sitio donde estuvo durante la batalla la yegua de la reina.

zarenos, edificar un convento en aquel mismo sitio, si la libraba de sus enemigos.

Y la pelea seguía encarnizada; gemía el aire, herido con los furiosos golpes, temblaba la tierra bajo los disparos de la artillería y los piés de los caballos, y todo era gritos, lamentos, golpes y confusión.

Al fin el destino, enemigo del emir, dió la victoria á los cristianos, cuando el sol se ponía tras los montes de occidente entre ráfagas de sangre, desvandose la caballería, perdieron las bombardas, quedaron muertos por tierra seiscientos moros, y con pérdida de mil cautivos, Muza tornó á Granada defendiéndose como un león hasta sus puertas y perdiendo con su última esperanza la honra y el amor.

Estaba escrito; Granada debía caer, y los crímenes de sus reyes traían sobre ella el terrible castigo de Allah.

Vinieron las sombras y con ellas mas escuadrones al mando de Gonzalo Fernandez de Córdoba.

Tornóse á su arrimo en orden de pelea la reina con sus damas al real de Santafé, habiendo pagado con un terrible susto el placer de haber visto á Granada á los primeros rayos del sol desde uno de los collados mas rientes de la vega, y un alcázar, bello como los sueños de los hijos del desierto.

Tal fué el funesto fin de la batalla de la Azubia, tras la cual, pocos meses despues, debían abrirse á los soldados de la Cruz las puertas de Granada.





JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Con este postrer revés de la fortuna menguaron de todo punto las esperanzas de los musulimes, al paso que crecía el ánimo de los cristianos.

Muza, desesperado ya de todo auxilio, vencido por una, dos y tres veces, encerrado ya por su mala ventura en el último recinto de su destino, ni acudía á nada, ni pensaba en otra cosa que en morir como cumplía á su linaje, el mismo dia en que la bandera de Ismael fuese lanzada por el conquistador de las almenas de la alcazaba.

Hasta entonces, si bien el enemigo asentaba su real á la vista de Granada, habia quedado espedita

la comunicacion con las Alpujarras, y se recibian abundantes mantenimientos de toda la comarca de Jebel-Solair (*Sierra Nevada*); pero llegó la luna de muharran (1) y Gonzalo Fernandez de Córdoba estrechó el cerco, tomó todas las avenidas, y los habitantes, encerrados dentro de sus muros, empezaron á sentir el hambre, padecimiento cruel á que por la bondad del suelo no estaban acostumbrados, y que debilitando sus ánimos les hizo pensar en avenencias con los enemigos.

Rasgóse entonces el velo que cubria durante mucho tiempo miserables traiciones, supo el pueblo que su mismo rey trataba de la entrega y se desalentó; reunióse el consejo, y en vano Muza les apostrofó poniéndoles por delante el amor de la patria, la fe de musulimes y el honor de caballeros.

Todo se habia perdido; estaba escrita la ruina de Granada y se cumplia.

Una noche el capitán Gonzalo Fernandez de Córdoba, el secretario Fernando de Zafra y otros cinco caballeros cristianos entraron por una mina en la Alhambra, y encerrados en la torre de Comares hicieron secretamente las capitulaciones de la entrega de la ciudad.

Amaneció el día fatal de la deshonra de Granada.

El ejército vencedor avanzó hasta las márgenes del Genil, y Abou-Abdallah vino á prosternarse ante sus señores los reyes de Castilla y á entregarles aquella ciudad que no debia haber perdido sino con la vida.

(1) *Noviembre.*

Después, con las lágrimas en los ojos y la pena en el corazón, cabalgó al frente de sus últimos cincuenta caballeros, y tomó al escape como si hubiera pretendido huir de su deshonra, por el camino de las Alpujarras.

Era entonces el punto del día en que el sol empieza á descender en la estación de los frios dos horas antes de oración de almagreb (1).

El desdichado rey aguijaba su caballo temeroso de escuchar el grito de victoria de los cristianos; pero de repente hendió los aires el estruendo de la mosquearía, el son de las trompetas, el redoble de los atambores y el alarido de todo el ejército vencedor; el desdichado tornó involuntariamente los ojos á su Granada, y sobre la alcazaba sus ojos svelados por lágrimas vieron tremolar los pendones cristianos.

Lo que estaba escrito se cumplía; la bandera del Islam había sido rota por los campeones de la Cruz.

Y aguijó el rey desterrado y vencido su corcel, y avistó á su familia dándole alcance en el repecho del alto del Padul.

En su cima se abría una estrecha quebradura, desde donde se alcanzaba á ver por última vez á Granada; el rey descabalgó, miró por postrera vez su alcázar, inclinose y exclamó con el rostro unido á la tierra, el corazón desgarrado y los ojos llenos de lágrimas:

—¡Allah-Kuakbar! (2).

—Si, llora como una mujer, le dijo con despre-

(1) *Las tres de la tarde.*

(2) *¡Grande y poderoso Dios!*

cio la sultana Aixa ; llora, ya que no supiste defender tu reino como hombre.

La desesperacion, la vergüenza, el dolor secaron las lágrimas en los ojos de Abou-Abdallah, cabalgó en su caballo, le arrimó furioso los acicates y el bruto se lanzó con tal ímpetu á la carrera que dejó señaladas sus herraduras en la roca como hasta hoy se parecen.

El rey y su comitiva se perdieron al fin á lo lejos entre las neblinas de la tarde.

Desde aquel dia los moros, en memoria de esta tristísima despedida, llamaron á aquel ojo de lágrimas del alto del Padul Feg-Allah-Kuakbar, y los cristianos el Suspiro del Moro.

Y antes de que el conde de Tendilla tremolase la enseña de Castilla y Aragon sobre las torres de la alcazaba cuando el ejército vencedor avanzaba á través de la vega, en la cumbre de la cordillera del cerro del Sol, inmóvil como una estatua de hierro, se veia un ginete sobre un caballo inmóvil tambien, con las orejas enhiestas y la vista fija en el ejército cristiano.

El hombre era Muza Ebn-Abil-Gazan, y el valiente corcel Samyel, el leal compañero del emir en el peligro y en la desgracia, el inteligente animal que parecia presentir el dolor de su dueño, y que como él tenia la mirada fija y centelleante en la vega.

El emir, con la boca seca y entreabierta, los ojos áridos y rojos, el pecho agitado por una respiracion

violenta, pálido, desencajado, con la pica fuertemente apretada entre sus manos, permaneció inmóvil, silencioso, sin apartar la vista del ejército que avanzaba en paso de arremetida; pero cuando vió abrirse las puertas de la torre de los Siete Suelos y salir al rey Abou-Abdallah, cuando su wisir Ebn-Comija entregó las llaves de la ciudad al conde de Tendilla, entonces un grito terrible, amenazador, insensato, brotó de su garganta, sus ojos rodaron ferozmente en sus órbitas, blandió en el aire su terrible pica, y apretando los acicates á su corcel, gritó:

—¡Samyel! ¡Samyel! ¡tu que eres veloz como el rayo, vuela! ¡vuela hácia ellos! ¡ha llegado la hora de morir con la patria! ¡vuela! ¡vuela!

Y el corcel se tendió á la carrera, devoró el espacio, y se lanzó como una saeta en direccion á la Alhambra.

Pero parecia que á medida que Samyel avanzaba, la Alhambra, la ciudad, la vega huían con doble velocidad: una neblina opaca, oscura, se desplegaba entre ellos y los ojos de Muza, y al fin la niebla lo envolvió todo.

Y el emir apretaba con nueva furia los hijares de Samyel, y Samyel volaba exhalando relinchos de dolor, y Muza gritaba entregado al frenesí de su alma.

—¡Samyel! ¡Samyel! ¡á ellos! ¡vamos á morir! ¡vuela! ¡vuela!

Y Samyel, el generoso animal, volaba á pesar de su cansancio; volaba con los hijares cubiertos de sangre, dejando tras sí un rastro de blanca espuma, y desherrados los cascos.

Al fin su carrera fué menos rápida; como una sae-

ta pierde la fuerza lanzada á larga distancia, y cayó muerto de fatiga á los piés de su señor, que habia descabalgado sintiéndole desfallecer, y siempre hasta su último momento, fiel compañero de su señor, fijó en él su postrer mirada.

Muza contempló un momento á Samyel con amargura, arrojó sobre él su pica y su espada, y adelantó entre los sepulcros de un sombrío bosque.

Era el mismo donde habia penetrado algunos meses antes con el corazon lleno de fuerza y de esperanza; el mismo de donde habia salido pensando en la salvacion de su patria.

Delante dél andaba un hombre negro, envuelto en una túnica de púrpura, ceñidos los cabellos con una corona de fúnebre ciprés y una espada rota en la mano.

Muza, siguiendo á aquel hombre, llegó al alcázar de los muros negros y las almenas de diamante, abrióse la puerta á su llegada, y entraron en el retrete octógono, cuyos muros estaban cubiertos de inscripciones sangrientas y trofeos de guerra.

Muza se estremeció; estaba en el alcázar de los Siete Siglos; cada uno de los ancianos dormia reclinado en su divan, teniendo al lado su espada sangrienta y desnuda.

Entonces pasó por la mente del emir su desventurado amor, que le costaba su patria y su gloria; sus ojos se llenaron de lágrimas, y aun allí en la tremenda hora de su juicio, todo palideció en él ante el recuerdo de Schamsul-Ilemal.

El hombre que le habia precedido, se adelantó hasta el centro del retrete, y exclamó con voz severa.

—¡Despertad, hermanos míos, despertad!

Los siete viejos se pusieron de pie, y empuñaron sus espadas.

El pendon de la cruz, dijo el octavo hermano, ondea sobre las torres de la Alhambra, y la bandera del Islam ha sido rota antes de que yo pueda plantar mi laurel en la colina de la Azubia.

Los siete viejos vieron á Muza, y adelantaron hasta él, estrechando el círculo con las espadas de punta, hasta tocar su cuerpo.

—¿Qué has hecho del poder que te dimos? le dijo el mas viejo con voz atronadora.

—Le he perdido, contestó Muza sin estremecerse ante las espadas.

—Vas á morir, le dijo con acento terrible el viejo.

—Eso deseo, contestó Muza con un acento desgarrador, pero que sea entre los cristianos, á la luz del sol, que todos sepan que he muerto por mi patria.

—¡No! contestó el viejo; sin tu insensata pasion tú hubieras vencido á tus enemigos, hubieras alcanzado al fin el amor de Schamsul-llemal, hubieras sido feliz y poderoso, la historia hubiera guardado tu nombre en su libro de oro, y nosotros hubiéramos besado en la boca á nuestra madre en sus alcázares de perlas de los mares.

Y como si el recuerdo de tanto bien perdido hubiese sido una señal de muerte, los siete viejos hundieron sus espadas en el pecho de Muza, que cayó pronunciando el nombre de Granada, y Schamsul-llemal.

Todo estaba concluido.

El ruido atronador de unas potentes alas aterró á los

ocho hermanos. Estremecióse el aire, derrumbóse el alcázar, y el arcángel Azrael envolvió retronando en el extremo de su túnica á los ocho siglos y al infortunado Muza; cruzó los aires envuelto en el torbellino, y soterró los nueve cadáveres bajo el laurel de la Azubia.

Algunas noches, cuando el aguacero y la tempestad azotan las torres de la Alhambra, suele verse á la luz del relámpago, un ginete árabe que corre en torno de ella.

Es Muza Ebn-Abil-Gazan que aguija á su corcel Samyel y le grita :

—¡Samyel! ¡Samyel! ¡á ellos! ¡vamos á morir! ¡vuela! ¡vuela!

Pero todo desaparece, y solo se escucha allá á lo lejos entre los gemidos del torbellino, una voz doliente que se pierde murmurando.

—¡Granada! ¡Schamsul-Ilemal!

Pero desde entonces los cristianos gozan á Granada, y aun los ojos del árabe lloran en su destierro.

Desde entonces la voz del mueden no llama á los fieles á la oracion, y solo se escucha el clamor de la campana en el templo cristiano.

Alabanza á Dios que ensalza y humilla á los poderosos; á él, que es solo, inmutable sobre todas las cosas, de cuya voluntad penden los reinos y los orbes, y cuya justicia rige los destinos humanos.



EPÍLOGO



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y General
CONSEJERÍA DE CULTURA

Hemos concluido nuestra leyenda, de lo que por cierto no nos envanecemos, y no escribiríamos una palabra mas, sino previésemos que puede existir alguno de nuestros lectores que sino lo decimos en letra de molde nos pregunte : «¿ Qué fué de esto? ¿qué fué de aquello?»

El convento se elevó sobre las ruinas del alcázar de Muza, junto al laurel que hoy llaman de la Reina, con la advocacion de San Luis, y de la órden de San Francisco poco tiempo despues de la conquista de Granada.

Gaston de Vargas y Schamsul-Ilemal, con el nom-

bre de doña Isabel de Granada, vivieron felices lo que Dios fué servido, protegidos por el talisman maravilloso (se ignora que se haya hecho de este talisman), y la voluntad de la sultana Aixa fué cumplida á par que su venganza, puesto que Gaston creyó siempre que su mujer era una hada bajada para él del sétimo cielo, y que Zoraya, ó si mejor parece Isabel de Solis, murió dos años despues de la conquista de una fiebre lenta, maligna y estraña.

Por aquel tiempo el rey Abou-Abdallah vendió al de Castilla los estados que este le habia concedido en las Alpujarras, pasó á Africa con su familia y murió algunos años despues en batalla en el vado de Bacuba del rio Wadilswa, defendiendo al rey de Fez Ahmet-Ebn-Merini contra dos jerifes rebeldes.

En cuanto á los infantes Sidy Yahye y Sidy Alhamar se bautizaron el uno con el nombre de don Fernando y de don Juan el otro, y al fin, cansados de la inutilidad de sus esfuerzos, dejaron su venganza contra Schamsul-llemal y Gaston, como dejo yo la pluma azás cansado y poco satisfecho de mi obra. Vale.

FIN.